TRIBUNA
Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología Social de la Universidad de Sevilla

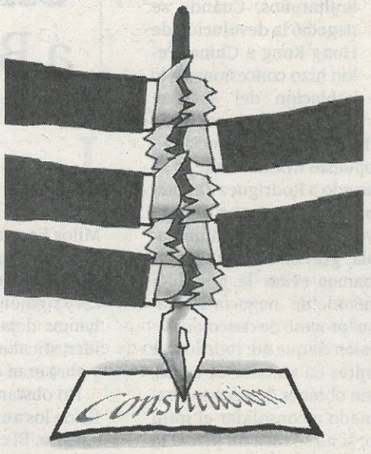
Se constitucionaliza el modelo neoliberal más descarnado, en el que quedan devaluados el derecho al trabajo y a la vivienda contemplados, por ejemplo, en la vigente Constitución española

El secuestro de Europa

EN contra de lo que se nos quiere hacer ver, el referéndum al que estamos convocados el próximo 20 de febrero no consiste en dar un sí o un no a Europa, sino en respaldar o rechazar un determinado modelo de Europa. Si el Tratado Constitucional fuera rechazado, sólo supondría que sería necesario preparar un nuevo texto y se abriría la posibilidad de un proceso más transparente y democrático en su elaboración y más respetuoso con los derechos en su contenido. Los catastrofismos, pues, sólo pueden atribuirse a la ignorancia o a una descarada voluntad de confundir, e incluso de chantajear, a los ciudadanos.

Aunque escribieran hace unos días Shröder, Rodríguez Zapatero y el presidente checo, en un artículo en *El País*, que esta Constitución "sólo comporta avances y no introduce ningún paso atrás", ello no es cierto, porque sus supuestos aspectos positivos quedan reducidos a mera retórica o a cuestiones insignificantes, al no establecerse garantías para su puesta en práctica, mientras que se constitucionaliza el más descarnado modelo neoliberal, tecnocrático, militarista y con gravísimos déficits democráticos: énfasis en el "mercado libre y no falseado, altamente competitivo", independencia –o sea, no control– del Banco Central Europeo, compromiso de los Estados en mejorar sus capacidades militares y en "prevenir conflictos" en estrecha colaboración con la OTAN, concentración de las funciones legislativas y ejecutivas en el Consejo de Ministros y el Consejo Europeo, relegando a la Comisión y, sobre todo, al Parlamento (única institución elegida) a un papel secundario, y –lo que es, quizá, más grave de todo– devaluación de los derechos sociales y culturales que sí están recogidos en las constituciones de los Estados miembros, por ejemplo en la española, y que a partir de ahora, si se aprueba el texto que nos presentan, se verán recortados.

Tres ejemplos de esta devaluación, entre otros muchos, son la sustitución del derecho al trabajo y a tener un empleo digno por el simple derecho (de mucho menor alcance) "a trabajar y a buscar empleo", la sustitución del derecho a una vivienda digna por "una ayuda en materia de vivienda" y la sustitución del concepto de "servicios públicos" por el de "servicios de interés económico general", abriendo de par en par la puerta a las privatizaciones en todos los ámbitos.



Como se prescribe la unanimidad de los 25 Estados miembros para variar cualquier punto importante, será imposible cambiar el marco

En cuanto al grado de progresismo de las innovaciones, bastaría señalar, sobre la más publicitada de todas, la de "iniciativa popular", que después de la necesaria recogida de un millón de firmas "procedentes de un número significativo de Estados"(?), no hay obligación alguna de someterla a consulta popular, porque no es vinculante, ni de respetar su contenido. Su significado no es otro que el de "solicitar a la Comisión que presente una propuesta"; es decir, se trata sólo del viejo buzón de sugerencias .

Ante todo esto, que puede comprobar quien tenga la paciencia de leerse los cientos de páginas de esta Constitución europea y sus protocolos adjuntos, resulta una falsedad evidente la afirmación repetida días atrás por el secretario general del PS francés, para convencer a sus propios afiliados de que apoyaran el sí, de que "la Constitución no impone un modelo" por lo que dentro de ella, si en el futuro "los ciudadanos votan a mayorías de izquierda, se podrá dar un giro de izquierda a la construcción europea". Por el contrario, establece un rígido marco neoliberal, con un modelo económico, social, político y cultural que es incompatible con una Europa social, plural y democrática, basada en los derechos humanos y de los pueblos que la componen. Y como para variar cualquier punto de mediana importancia se prescribe la unanimidad de los 25 Estados actuales, más los que entren en el futuro, resulta prácticamente imposible modificar dicho marco o realizar desde él políticas que no sean neoliberales, militaristas y escasamente democráticas.

Por eso resulta lamentable, por demagógico, aunque ello sólo pueda sorprender ya a los ingenuos, que la Confederación Europea de Sindicatos considere que esta Constitución, aunque sea "imperfecta y con algunos (?) puntos débiles, debe ser considerada como el punto de partida de un largo proceso y no como el final". Ello podría ser así si el texto fuera menos rígidamente neoliberal, si instituyera un Parlamento con plenas funciones legislativas y si no estableciese condiciones imposibles para su modificación. Pero como esto no es así, el señalar que hay que apoyarla porque "es la única que tenemos encima de la mesa" es justamente renunciar a otro texto alternativo que hiciera posible una Unión Europea diferente.

Y tampoco es cierto que sea mejor esta Constitución que ninguna: el argumento sólo podría considerarse si Europa se encontrara en una situación de excepcionalidad política que no existe. La unanimidad entre los partidos de la derecha, la cúpula de los partidos socialistas europeos y la burocracia sindical a favor de esta Constitución, que impide cualquier otro proyecto para nuestro viejo continente, debería ser, ya de por sí, sospechosa. Como sospechosa, por sectaria, es también la posición de cierta izquierda que, sobre la base de un antinorteamericanismo visceral, piensa que cualquier Europa fuerte, como no sería buena para Estados Unidos, es buena para el mundo. Aunque el modelo de esa Europa se acerque, cada día más, al modelo supuestamente rechazado y sea otra punta de lanza para el avance de la globalización mercantilista.

EL MIRADOR
Félix Bayón

ZP se cansa

EN la política exterior se nos amontonan los problemas. Tenemos un ministro de Asuntos Exteriores que en 59 segundos sería capaz de declarar la guerra a Liechtenstein, y cito a este pequeño principado porque el primer ejemplo que se me ocurría, el Vaticano, comienza a resultar verosímil. Un jefe de la diplomacia como éste necesita ayuda. Hasta el Rey ha echado ya unas horas. No estaría de más que se aplicase también el presidente del Gobierno. Pero a José Luis Rodríguez Zapatero no le gusta viajar.

Esta semana ha suspendido una visita a Polonia porque estaba cansado después de intervenir durante 14 horas en la Comisión del 11-M, batiendo la marca que tenían en su poder Acebes y Aznar. Resulta muy humano que un presidente se canse. Tiene derecho. Pero un presidente no viaja como cualquiera: lo hace en un avión del Estado que tiene un par de cómodos dormitorios y hasta puede hacer uso de una ducha. Va acompañado de un montón de ayudantes que han ido preparando las entrevistas y éstas son siempre muy pausadas, llenas de los paréntesis que ocupa la traducción.

Hay trabajos en los que uno no puede ser sustituido y por eso no tiene derecho a desfallecer. Si quiere reivindicar su derecho al descanso o a estar con su familia podía haberse quedado como diputado. O, mejor aún, como profesor de Derecho Constitucional. Los presidentes de Gobierno no tienen horario ni convenio colectivo al que acogerse. No es un drama: eso le pasa a mucha gente que, sin embargo, no cuenta con sus privilegios.

Los polacos se han enojado mucho por la anulación de la visita: estaban ya quejosos porque España se marchara de Iraq sin avisarles –a pesar de que sus fuerzas estaban en la misma región y se apoyaban mutuamente– y hubiera dejado de apoyar su reivindicación sobre el reparto de poder de la UE en Niza. Hay muchas razones para intentar amigarse de nuevo con Polonia: necesitaríamos su apoyo para el nuevo reparto de fondos europeos. El cansancio de Zapatero nos puede costar un dinero.

Pero el plantón de Polonia no ha sido el primero. En ocho meses ha habido varios. Recientemente anuló un viaje a Moscú para quedarse en Madrid echando un quite a Moratinos por sus declaraciones sobre el golpe en Venezuela. Antes, adelantó v24 horas su marcha de la cumbre de la OTAN en Estambul, desaprovechando la oportunidad de charlar con sus colegas; plantó a los socialistas húngaros en la cumbre de partidos de izquierda del lago Balatón para regresar antes a casa; dejó solos al primer ministro marroquí, Dris Yettu, y al presidente portugués, Jorge Sampaio, anulando su visita al Foro Formentor sobre problemas del Mediterráneo…

Dicen que no le gusta dormir fuera de casa, lejos de sus hijas. Noble causa. Él puede permitírselo. Otros, no. Lo malo es que deja la diplomacia exclusivamente en manos de Moratinos. Que se preparen los de Liechtenstein.

→ felix@felixbayon.com

LA CIUDAD Y LOS DÍAS
Carlos Colón

Abiertas puertas macarenas

LA Macarena es la Sevilla moderna, la que se reinventa a sí misma en el último cuarto del siglo XIX y el primero del XX, convertida en cofradía. O, por decirlo de otra forma, la cofradía que mejor representa los cambios experimentados por una ciudad que a la vez toma conciencia de sí misma –arquitectónica, musical, pictórica y ensayísticamente– y se rehace intentando plasmar esa *idea* en la realidad. Le acompaña en ese camino de hegemonía el Gran Poder, que en esos mismos años configura definitivamente el paso del Señor –faroles (1908), faldones de Ojeda (1909), túnica lisa (1913), peculiares potencias (1915)– y el palio del Mayor Dolor y Traspaso –palio en 1903, manto en 1904– en una estética adaptada a lo que las imágenes y el severo carácter de la hermandad exigen pero también coincidente con la nueva sensibilidad regionalista.

El mismo Ojeda que borda los faldones del Gran Poder y el palio del Mayor Dolor y Traspaso revoluciona la estética de la Semana Santa a través de la hermandad de la Macarena en esos años: la túnica de los nazarenos y el manto de malla en 1900, el palio en 1907, la corona de oro en 1913, los faldones y el atuendo actual de la centuria en 1915 y el manto de tisú y el techo de palio en 1930.

Hace 79 años, el 18 de diciembre de 1925, la multitud de devotos impidió que se cerraran las puertas de San Gil tras el primer besamanos de la Esperanza

Además de inventar tradiciones después generalizadas y extendidas a otras hermandades como el besamanos de la Santísima Virgen, el primero de los cuales –del que el año que viene se cumplirá el 80 aniversario– se celebró, tal día como hoy, el 18 de diciembre de 1925. La Virgen a los pies del altar, con su corona de Oro, vestida con saya blanca bordada en oro y cubierta por un manto negro suscitó tal entusiasmo –más de 10.000 personas pasaron ante la Virgen– que cuando a las ocho de la noche se quiso cerrar las puertas de San Gil las protestas de las más de mil personas que aún hacían cola obligaron a dejarlas abiertas.

Este *obligar a dejar abiertas las puertas* en el que se unen la voluntad del pueblo y la disposición de la hermandad es otro rasgo que une a las devociones al Gran Poder y la Esperanza. Siempre han estado abiertas las puertas para todos en torno a estas dos imágenes admirables. Nada de restricción, beatería o fariseísmo en torno a ellas: apertura siempre, puertas abiertas de par en par –como las del 18 de diciembre de 1925– para el cura Muñoz y Pabón o para el *alegre* Joselito, para la prosa severa de Romero Murube o para los versos arrebatados de *coroneles* del Rinconcillo con que Rodríguez Buzón le dijo aquello de "Reinas habrá…", para las marchas aflamencadas –como de copla de Juana Reina– de Cebrián o para la elegancia de la Salve de Turina, para la Infanta Doña Luisa que inauguró el azulejo del Arco en 1923 o para las mujeres de Escoberos, Sagunto o Torres que contagiaron a la Esperanza una pena, una sonrisa y una belleza humanas que en ella se hicieron divinas.

→ ccolon@diariodesevilla.es